

MONACATO

Monacato es el nombre colectivo de una forma especial de existencia cristiana con múltiples realizaciones históricas, la cual se caracteriza comúnmente por la separación del → mundo para una entrega más profunda a Dios. Etimológicamente, esta palabra se deriva del griego *μόνος* (solo) y expresa precisamente la ruptura de todos los lazos mundanos. La etapa más antigua del monacato cristiano la constituye, en efecto, la vida de los anacoretas o eremitas, de los «retirados» o «solitarios».

1. *Orígenes*. Los primeros monjes tuvieron por modelos próximos a los primitivos *ascetas* cristianos, algunos de los cuales se retiraban a celdas en los alrededores de su lugar natal. Antonio el Ermitaño no fue el primer monje, sino el primero históricamente conocido y el más significativo por la influencia que ejerció sobre su época. Nació en el Egipto central el año 251-52. Sus padres murieron cuando contaba veinte años, heredando una cuantiosa fortuna. Un día oyó en el templo el pasaje evangélico de Mt 19,21: «Si quieres ser perfecto, ve a vender lo que tienes y dáselo a los pobres... y luego ven y sígueme». Antonio dio todos sus bienes y vivió como un asceta, primeramente en las proximidades de su aldea natal, pero más tarde se retiró al desierto líbico. Antonio se convirtió en el modelo para muchos otros que se sintieron llamados igualmente al desierto y escogieron la vida monástica en el mismo desierto como discípulos suyos. Estos no constituían monasterios, sino colonias de *eremitas* que vivían en construcciones aisladas. La biografía de Antonio —escrita por Atanasio hacia 370— influyó considerablemente en la propagación del monacato, incluso en Occidente. Después de su muerte tomó la dirección de la colonia su discípulo Ammonas, cuyas cartas son importantes para la investigación de la mística del primitivo monacato. En la segunda mitad del siglo III o poco después nacieron otras comunidades de ermitaños, los cuales se reunieron en torno a un monje renombrado: por ejemplo, Ammonio (Amun; † hacia 356), que habitaba en el desierto de Nitria en el Bajo Egipto; Macario el Egipcio († hacia 390), en el vecino desierto de Escitia, y Palemón, en el Alto Egipto. Hilarión de Gaza († 371), cuya vida escribió Jerónimo, estableció la vida eremítica en Palestina. Igualmente encontramos ya en la primera mitad del siglo IV (probablemente independientes de las surgidas en Egipto) colonias de eremitas a poca distancia de Edesa, así como en el oeste de Siria, en Antioquía y en el desierto de Calcis. Todas estas comunidades de ermitaños carecían de reglas escritas y eran dirigidas exclusivamente por la persona y la doctrina de su padre espiritual. Las máximas, anécdotas y ejemplos de los ermitaños famosos de la primera época del monacato egipcio fueron reunidos en los «Apothegmata Patrum», que se formaron en los siglos IV y V, y por su medio se transmitieron a la posteridad. Fueron también de gran importancia para la piedad monástica de Occidente.

El *cenobitismo* es posterior a la vida eremítica. Fue fundado por un discípulo del anacoreta Palemón, el copto Pacomio, hacia el año 320 en Taben-

nisi junto al Nilo, en el Alto Egipto. Aquí nació el primer monasterio, una construcción rodeada de muros, con oratorio, comedor, dormitorio, cocina, taller, etc. La *vita communis* fue el elemento nuevo y peculiar introducido por Pacomio, el cual le distinguía de sus predecesores y señaló el camino a todo el monacato posterior. Pacomio compuso una regla en lengua copta, cuya versión latina hecha por Jerónimo fue recibida y utilizada con frecuencia en Occidente. También la regla de san Benito ofrece numerosas reminiscencias de ella. Su influencia puede observarse hasta en las constituciones de san Ignacio. El principio fundamental de la *vita communis*, fundada por Pacomio, era la → obediencia, que desempeñaba ya un gran papel entre los ermitaños en la relación del discípulo con su padre espiritual. Pero entre los eremitas no poseía carácter institucional, sino más bien carismático-ascético. La forma de vida establecida por Pacomio estaba libre de los excesos ascéticos y los abusos nacidos del afán por conseguir un récord que encontramos a veces en algunos anacoretas, sobre todo en Siria.

El ideal cenobítico halló en Oriente una rápida propagación. El mismo Pacomio fundó otros monasterios de hombres y de mujeres. A su muerte (346) formaban varios miles los monjes y monjas que había en sus monasterios. También en Palestina se fundaron muchos monasterios. Aquí se desarrollaron además las *lauras*, agrupaciones de cabañas cuyos habitantes llevaban una vida semieremítica. El organizador más destacado de estos últimos fue san Sabas († 532). El arzobispo de Sebaste, Eustacio († hacia 380), y sobre todo su discípulo y amigo Basilio el Grande († 379) promovieron considerablemente el cenobitismo en el Asia Menor. Basilio el Grande había estudiado la vida monástica pacomiana en un viaje que hizo a Egipto hacia el año 357. El es, después de Pacomio, la segunda gran figura del monacato cenobítico oriental. Compuso dos reglas, una mayor y otra menor. Sus ideas se deben, en parte, a Eustacio.

Evagrio Póntico († 399) tuvo una importancia extraordinaria para la espiritualidad monástica del monacato oriental. Primeramente fue discípulo de Basilio. Luego, movido por un especial deseo de la contemplación, se retiró a la soledad y vivió hasta el fin de su vida en el desierto de Nitria como discípulo y amigo de Macario el Egipcio. El ideario místico-intelectualista de Orígenes y Gregorio Niseno influyó en la historia del monacato a través de la vasta actividad literaria de Evagrio, y gracias a ella marchó al lado de la piedad ascético-práctica que propugnaron Basilio. Pacomio, los «Apothegmata» y también el monacato sirio de los primeros tiempos —cf. los escritos de Afraates († poco después de 345) y de Efrén el Sirio († 383)—. El influjo de la mística evagriana fue enorme, primeramente en los escritos monásticos Paladio († 431) y Juan Casiano († 430-35) y posteriormente en los monjes del Sinaí, Juan Clímaco († hacia 649), Hesiquio († final del siglo VII), Máximo el Confesor († 662) y Gregorio el Sinaíta († hacia 1346), llegando hasta el hesicasmo; entre los sirios, en Filoxeno de Mabbug († hacia 523) e Isaac de Nínive († final del siglo VII) hasta Barhebreo († 1286).

Ante el rápido y vasto desarrollo del cenobitismo retrocedió el anacoretismo. Aunque éste representaba en parte un ideal superior, la falta de

reglas y leyes dificultó su continuidad tanto en el aspecto ascético como en el jurídico-eclesiástico. A esto se añadieron los excesos ya aludidos. Mencionemos a los «emparedados», que se hacían encerrar casi enteramente por un muro; los «estilitas», que vivían sobre una columna (el primero de toda una serie de ellos fue san Simeón [† 459]); los «pabulatores» (*boscoi*), que se alimentaban exclusivamente de hierbas y verduras, y los «giróvagos», una especie de monjes vagabundos que iban de monasterio en monasterio.

2. *Espiritualidad.* Los motivos que dieron origen al monacato cristiano fueron específicamente cristianos. Todas las tentativas de explicarlo por influencias extracristianas —por el culto egipcio de Serapis, los terapeutas, el budismo, el neopitagorismo, el gnosticismo y el maniqueísmo— que se han realizado constantemente, sobre todo por parte de los investigadores protestantes, se han mostrado insostenibles. La quiebra fundamental de tales derivaciones histórico-religiosas reside en su falsa o defectuosa comprensión de la espiritualidad del monacato cristiano. Se pretende en ellas averiguar el origen del monacato cristiano antes de saber qué era y a qué aspiraba. Los manuscritos descubiertos en Qumrán, junto al Mar Muerto, tampoco muestran una relación con el monacato cristiano. Lo mismo puede afirmarse de los papiros gnósticos de Nag'Hammadi, en el Alto Egipto, descubiertos en las proximidades de un antiguo convento pacomiano. Es falsa e insostenible a la luz de las fuentes la explicación del monacato como reacción contra la mundanización de la Iglesia o como una protesta contra su creciente clericalización, considerándolo como un movimiento que podía poner en peligro a la Iglesia y que sólo fue superado por la enérgica actividad de Atanasio. Tampoco la explicación que lo deriva de las circunstancias sociales de la época resiste un examen detallado.

En la investigación de las causas que dieron origen a la vida monástica no se puede prescindir, sobre todo, de la concepción de la misma que se desprende de los escritos de los primeros monjes. Y tampoco se debe juzgar superficialmente esta forma de vida, considerándola exclusivamente como una huida del mundo. El monje renunciaba al mundo para entregarse con mayor intensidad al → *amor de Dios*. A la intensidad de esta aspiración corresponde la radicalidad de la → ascética monástica. El mundo que se opone al hombre es el mundo caído, que, dominado por la soberbia, no quiere reconocerse como → creación de Dios. Este mundo contribuye más a olvidar que a incrementar el amor a Dios. Por esta razón, el alejamiento del mundo era, según la concepción de los monjes, el medio más apropiado para intensificar inquebrantablemente el amor a Dios. Su camino no era completamente nuevo en este aspecto. En la vida monástica cristalizó lo que se había formado y manifestado en la tradición ascética anterior y que tendía a su ulterior desarrollo. Tampoco los monjes se consideraron innovadores. El primitivo monacato se caracterizó más bien por una clara conciencia de su → imitación. Consideraban como modelos del AT a Abrahán, Job, Moisés, Elías y los profetas, y del NT, a Juan el Bautista, los apóstoles y los cristianos de la Iglesia primitiva. Los monjes se creían en estrechísima conexión

con los mártires, ya que su ideal de una vida de entrega era una especial derivación de la entrega de la vida realizada por los mártires. Es significativo que la estimación del pueblo cristiano pusiera desde el principio a los monjes junto a los mártires. También se construyeron en su honor *martyria* (capillas martiriales). Se enterró a los monjes al lado del sepulcro de los mártires y se invocó su intercesión de igual modo que la de los mártires. Los monjes jamás se consideraron desligados de la serie de sus precursores, ni mucho menos pretendieron aislarse de la Iglesia. En todos sus escritos se encuentra una profunda estima del → sacerdocio. Su vida ascética no hizo superfluos para ellos los sacramentos.

Sus esfuerzos por mantenerse alejados del mundo se prolongaron en la lucha contra su propio yo como representante y parte del mundo. Los monjes no pretendían lograr con toda su ascética corporal la liberación del alma respecto del cuerpo ni semejante ascética tenía por base una concepción dualista $\sigma\omega\mu\alpha\text{-}\sigma\eta\mu\alpha$, sino el profundo conocimiento de la condición caída del hombre, cuyas consecuencias permanecen también en el bautizado. Un motivo importante de su ascética corporal lo constituía el deseo de padecer con Cristo para asemejarse a él y poder comprender la magnitud de su amor. La lucha contra el propio yo no se limitó a la esfera de lo sensible, sino que alcanzó su más importante realización en la ascética de los pensamientos. Los monjes concedieron extraordinaria importancia a la vigilancia de la orientación espiritual. Sobre todo, se pone siempre de relieve la → humildad, considerada como el exacto conocimiento de sí mismo, destacándose siempre el no censurar. Ya Antonio recomendaba el examen de conciencia por escrito.

La afirmación de que se busca el desierto para combatir allí con los demonios no encierra la pretensión primitiva de localizarlos. El anacoretismo es más bien el ejercicio de una lucha espiritual que lleva, con el progresivo distanciamiento del mundo, al combate contra el Satán personal y desmascarado en la soledad. Esta lucha contra el mismo → Satán sólo es posible para los adelantados en la perfección, porque el demonio no se enfrenta personalmente con aquel que sucumbe a las seducciones del mundo y a su egoísmo.

La ascética, como un morir al mundo y al propio yo en la medida en que el mundo y el yo se oponen al amor de Dios, es considerada como $\acute{\alpha}\pi\acute{\alpha}\theta\epsilon\iota\alpha$ en la concepción evagriana del monacato. Para Occidente es sospechosa esta palabra, sobre todo en conexión con la controversia pelagiana. Por esta razón, Casiano la traduce por la expresión bíblica «pureza de corazón». En el primitivo monacato está viva la conexión entre esta pureza de corazón y una visión de Dios que ha de conseguirse ya en esta vida. En Evagrio y Ammonas, y también en Pacomio, se halla especialmente definido el deseo de aproximarse lo más posible a la forma definitiva de la experiencia de Dios (*vita angelica*). Semejante penetración en la vida futura se realiza en último término por medio de la → oración. Esta es el *opus praecipuum* del monje. Su forma más elevada es la oración de alabanza y acción de gracias, en la cual el monje se une a los coros de los → ángeles. Y es de notar que esta *vita angelica* encierra en su tendencia exclusiva a la vida en contacto próximo

con Dios una fuerte orientación hacia el prójimo. De la perfecta conformidad con la voluntad de Dios resulta la riqueza de la participación en su amor, que se configura como una intercesión que reproduce la función intercesora de los ángeles. Según la concepción monástica, la verdadera libertad respecto del mundo sólo se manifiesta en el servicio activo al mundo. Tanto en el anacoretismo como en el cenobitismo aparece claramente el profundo convencimiento de que el servicio al prójimo y a la → comunidad constituye una exigencia insoslayable. Aquí se trata solamente de una diferencia de configuración, no de principio. Siempre que en la historia de la → Iglesia se ha vivido íntegramente la proximidad de Cristo, ha existido la esperanza viva en su segunda venida. Así, pues, en el monacato primitivo encontramos un particular enardecimiento de la expectación escatológica característica de la cristiandad primitiva.

3. *Posterior desarrollo en Oriente.* Después de un período de gran florecimiento comenzó, en el siglo v, la decadencia del monacato egipcio. Este, que había sido en otro tiempo el apoyo principal del catolicismo antiarriano, se convirtió en guía del monofisismo al lado de Dióscoro. En la invasión mahometana fueron destruidos casi todos los monasterios. El monacato desapareció también en Palestina a causa de las polémicas origenistas y la invasión árabe. Constantinopla se convirtió en el centro del monacato oriental, donde experimentó un gran desarrollo durante el siglo v. Tuvo que sufrir grandes persecuciones durante la lucha iconoclasta de los siglos VIII y IX. Teodoro Estudita († 826) fue un notable defensor del culto a las imágenes y un gran organizador del monacato oriental. Movido por el espíritu de Basilio, combatió la inclinación a la vida eremítica. La regla de los estuditas fue introducida en Athos por Atanasio Athonita, el cual fundó allí el primer gran monasterio el año 963 (en Athos había ya ermitaños desde el siglo IX). No obstante, en la espiritualidad del monacato oriental predominó más la mística de Evagrio (ciertamente sin su elevado nivel de formación) y de Diadoco de Fótica († mitad del siglo v) que la orientación ascético-práctica de Basilio. La mística sentimental de Diadoco y su práctica de invocar incessantemente el nombre de Jesús influyeron en Simeón el Nuevo Teólogo († 1022) y en el hesicasmo. Particularmente en el siglo XIV, esta influencia logró considerable difusión en los monasterios de Constantinopla, en el Sinaí y, sobre todo, en Athos. Desde el siglo XIV prevaleció en Athos una forma idiorrítica (de ordenación individual) de la vida, una especie de anacoretismo moderado. La inclinación al anacoretismo contemplativo ha sido siempre característica del monacato oriental.

El monacato oriental alcanzó su más amplia propagación en Rusia, donde se fundaron en el siglo XI los primeros monasterios. Además existió siempre en este país la vida eremítica, especialmente desde que el hesicasmo la introdujo allí a fines del siglo XIV. Su oración a Jesús, practicada y enseñada principalmente por los *starez* en los siglos XVIII y XIX, ha tenido hasta hoy importancia decisiva para la piedad del pueblo ruso.

4. *Desarrollo en Occidente.* También en Occidente arraigó pronto el monacato. Según Jerónimo, fue Atanasio quien, durante el período de su destierro en Tréveris (335-38), dio a conocer a Occidente la vida monástica. Es cierto, como atestigua Agustín, que su *Vita* de Antonio, traducida a la lengua latina, obtuvo un resonante eco. El monacato fue fomentado por eminentes Padres de la Iglesia: Ambrosio († 397), Agustín († 430) y Jerónimo († 419-20). Este último escribió la vida de tres monjes (*Vita Pauli, Vita Hilarionis, Vita Malchi*) y una serie de cartas ascéticas dirigidas principalmente a matronas de la sociedad romana. Ahora se destaca vigorosamente el motivo de la → virginidad, que ciertamente se presuponía en la espiritualidad del primitivo monacato egipcio, pero que no aparecía en el primer plano de la reflexión. Con la ayuda económica de santa Paula fundó Jerónimo en Belén tres monasterios de mujeres y uno de hombres.

Un precursor importante fue el popular Martín de Tours († 397). Su *Vita*, escrita por Sulpicio Severo († hacia 420) obtuvo una resonancia semejante a la *Vita Antonii* y contribuyó notablemente a la propagación del monacato en las Galias. El gran maestro del monacato occidental antes de Benito fue Casiano. Este pasó en su juventud diez años con los monjes del desierto de Escitia y de Nitria. Más tarde fundó en Marsella un monasterio para hombres y otro para mujeres. Expuso sus ideas ascéticas en su *De Institutis Coenobiorum* y en sus *Collationes Patrum*, escritas ambas en Marsella. Su doctrina se funda ampliamente en las ideas de los padres egipcios, especialmente de Evagrio.

San Honorato fundó en el año 410 un monasterio en la isla de Lerin, junto a Niza, en la Galia meridional. Este monasterio se distinguió como foco de actividad intelectual. De él salió toda una serie de renombrados obispos de la Galia, entre los cuales destaca Cesáreo de Arlés († 452), uno de los predicadores más grandes de la antigüedad y notable promotor del monacato. Las primeras noticias del monacato en España son de fines del siglo IV y se encuentran en el relato de su peregrinación que escribió la monja Eteria.

El monacato alcanzó un florecimiento especial en Irlanda. El británico Patricio († hacia 460), que había conocido la vida monástica en Lerin, trabajó con éxito unos treinta años en Irlanda como misionero y gran promotor del monacato. Al final del siglo VI, la isla está salpicada de monasterios. Irlanda se convirtió en la «Insula sanctorum». La Iglesia tenía entonces en Irlanda un sello monástico. El cuidado espiritual del pueblo estaba casi exclusivamente en manos de los monjes. En Irlanda fue donde por primera vez casi todos los monjes eran sacerdotes. La jurisdicción eclesiástica era ejercida por los abades. El florecimiento del monacato irlandés duró hasta mediados del siglo VIII. La codicia de los poderes seculares y, sobre todo, las incursiones y saqueos de los normandos durante dos siglos acabaron con él. Dignos de mención en el monacato irlandés son su rigorismo, la importancia concedida a la formación intelectual, debida a la influencia de Lerin (los monjes irlandeses estudiaban los escritos de los Padres de la Iglesia y también las obras de los autores clásicos; Irlanda se convirtió en la «Insula

doctorum»), cierta tendencia a la vida eremítica y, principalmente, su celo misionero (misión irlandesa-escocesa), el *peregrinari pro Dei amore*. Columbano el Mayor († 597) fue el verdadero apóstol de Escocia. Columbano de Luxeuil († 615) fundó en los Vosgos los monasterios de Anegray, Luxeuil y Fontaine; luego pasó a Suiza, donde un discípulo suyo fundó el monasterio de Saint Galle, y murió en Italia después de fundar el monasterio de Bobbio. El y sus discípulos ejercieron una influencia decisiva en la introducción de la penitencia privada y reiterada frente a la penitencia pública y única que se practicaba en el continente.

San Benito puede considerarse como el verdadero padre del monacato occidental. Fue el gran legislador del monacato. Su regla había de ser durante siglos prácticamente la única norma del monacato en Europa. Nació en Nursia, en Umbría (Italia), el año 480. Estudió primeramente *artes liberales* en Roma. Después de haber vivido algún tiempo con una comunidad de ascetas en Affile, se retiró a una caverna en Subiaco, donde permaneció tres años. Hacia 529 fundó con algunos discípulos el monasterio de Montecassino, en el lugar de un antiguo templo dedicado a Júpiter. Aquí compuso la *sancta regula*, que constituye una obra maestra tanto por sus enseñanzas espirituales —mediante el sabio aprovechamiento de la tradición ascética (Casiano, Agustín, Pacomio, Basilio y otros)— como en el aspecto de la organización práctica. Para Benito, la virtud monástica de la humildad tiene su expresión esencial en la obediencia. Frente a los giróvagos y al monacato irlandés, exige la *stabilitas loci*. El culto divino, el *opus Dei*, al cual nada puede anteponerse, ocupa una parte considerable de su regla. La regla de Benito desplazó en Occidente progresivamente a todas las demás; entre ellas, la más rigurosa y menos clara de Columbano. Mantuvo su vigencia casi exclusiva hasta el siglo XI. Aunque el mismo Benito apenas había pensado en los estudios, la orden benedictina se convirtió, por la influencia de Casiodoro († después de 580), en el principal soporte del saber y la cultura de Occidente. A ella debemos agradecer la conservación y transmisión de la literatura clásica de la antigüedad. Ganada por Gregorio Magno († 604) para el apostolado misionero (→ misión), la orden benedictina desarrolló una extraordinaria actividad en la cristianización de los anglosajones, de Alemania (Bonifacio, † 754) y de los pueblos escandinavos y eslavos occidentales. Del siglo X al XII se realizó la más importante reforma de la orden benedictina —la cluniacense— mediante el retorno a la disciplina primitiva. Esta reforma repercutió durante los siglos XI y XII en la reforma general de la Iglesia.

Por influencia del ideal contemplativo de los eremitas bizantinos nacieron en el siglo XI los camaldulenses, fundados por san Romualdo († 1027); los monjes de Valleumbrosa, fundados por san Juan Gualberto († 1073), y los cartujos, fundados por san Bruno de Colonia († 1101). Todos ellos modificaron notablemente la regla cenobítica benedictina, orientándola hacia la vida eremítica. Por el mismo tiempo nació del espíritu benedictino la orden cisterciense, la cual se convirtió, especialmente por obra de Bernardo de Claraval († 1153), en la mayor fuerza de la Iglesia durante el siglo XII.

Aunque los monjes eran en la antigüedad cristiana casi exclusivamente

laicos, a partir del siglo IX eran cada vez más numerosos los que recibían órdenes sagradas. Por otra parte, la vida monástica influyó también en el clero secular. Eusebio de Vercelli († 371), Agustín y otros obispos habían llevado ya vida monástica. En el siglo XII nacieron numerosas congregaciones de canónigos regulares, los cuales llevaban una vida monástica según la regla de san Agustín, dedicándose a la predicación y la cura de almas. Los más notables son los premonstratenses, fundados por san Norberto († 1134).

En el siglo XIII aparecieron las *órdenes mendicantes*, que no pueden considerarse monásticas en sentido estricto, ya que el alejamiento del mundo no constituye para ellas un elemento característico. Estas órdenes realizaron extraordinariamente una aspiración que había estado en la espiritualidad monástica desde el principio: el ejercicio del apostolado en el mundo. El ideal de la fraternidad cristiana alcanzó su punto culminante en Francisco de Asís († 1226). Domingo de Guzmán († 1221) fundó la orden de predicadores para el ejercicio de la predicación sistemática y la defensa del evangelio. Las órdenes mendicantes contribuyeron a intensificar de nuevo el deseo de imitar la pobreza de Cristo, el cual había ejercido también su influencia en el nacimiento del monacato. Aunque habían sido en su origen comunidades de ermitaños, los carmelitas (1245) y los agustinos (1256) se agregaron posteriormente a las órdenes mendicantes.

La → Reforma protestante significó una crisis del monacato, que llegó a extinguirse en las regiones en que prevaleció la Reforma. Este hecho se debió tanto a las condiciones de la época como a ciertas conclusiones teológicas, que ciertamente se están revisando en nuestros días. La actitud reformista despertó una poderosa reacción y ocasionó una vigorosa renovación del monacato dentro de la Iglesia católica. Frente a la idea propiamente monástica se puso de relieve cada vez más el motivo caritativo-apostólico. A él debe su nacimiento un gran número de órdenes y congregaciones. Mencionemos a los capuchinos, los Hermanos de la Misericordia, las Damas inglesas, los teatinos, los oratorianos, los lazaristas, las Hermanas de la Caridad (de san Vicente de Paúl) y, sobre todo, los jesuitas, fundados por Ignacio de Loyola. Los modernos institutos seculares aspiran a llevar en el mundo una vida de apostolado capaz de adaptarse a las múltiples circunstancias del mundo moderno. El papa Pío XII promulgó en 1947 la constitución relativa a todos estos institutos.

En el siglo XVII, los trapenses (cistercienses reformados) quisieron volver a la vida estrictamente monástica con un perpetuo silencio, una mayor mortificación, el trabajo manual y el abandono de la actividad intelectual. En los últimos tiempos han logrado una gran difusión en Norteamérica.

A pesar de los ataques dirigidos contra el monacato por la Ilustración, la Revolución francesa, la secularización y los modernos totalitarismos, todos los cuales coinciden en su lucha contra la vida monástica, el monacato, como la misma Iglesia, sigue firme y enhiesto dentro de un mundo completamente cambiado. La esencia y la voz del monacato, como forma de renuncia a las satisfacciones mundanas, conserva su vigencia intemporal en la Iglesia, la morada viva de la fe en un mundo pasajero. El monacato continúa siendo

un signo de fe, el cual pertenece esencialmente a la imagen manifestativa de la Iglesia. La existencia cristiana, con su orientación escatológica, queda patente en el testimonio que de ella ofrece el monacato.

St. Schiewietz, *Das morgenländische Mönchtum*, 3 vols., Maguncia-Mödling 1904-1938; St. Hilpisch, *Geschichte des benediktinischen Mönchtums*, Friburgo 1929; J. Pérez de Urbel, *Los monjes españoles en la Edad Media*, 2 vols., Madrid 1933-1934; J. Hausherr, *Les grands courants de la spiritualité orientale*: OrChrP 1 (1935) 114-138; K. Heussi, *Der Ursprung des Mönchtums*, Tubinga 1936; M. Viller-K. Rahner, *Ascese und Mystik in der Väterzeit*, Friburgo 1939; C. Mazón, *Las reglas de los religiosos*, Roma 1940; H. Bacht, *L'importance de l'idéal monastique de S. Pachôme pour l'histoire du monachisme*: RAM 26 (1950) 308-326; W. Nigg, *Vom Geheimnis der Mönche*, Zurich-Stuttgart 1953; E. von Severus, *Zu den biblischen Grundlagen des Mönchtums*: GuL 26 (1953) 113-122; J. Smolitsch, *Russisches Mönchtum*, Wurzburg 1953; H. Bacht, *Antonius und Pachomius. Von der Anachorese zum Cönobitentum*: SA 38 (1956) 66-107; U. Ranke-Heinemann, *Das Verhältnis des frühen Mönchtums zur Welt*: MThZ 7 (1956) 289ss; A. Adam, *Christliches Mönchtum*: RGG IV (1960) 1072-1081; K. Rahner, *Sobre la teología de la abnegación*: Escritos de Teología III (Madrid 1961) 61-71; K. Rahner, *Pasión y ascesis*: ibíd., 73-101; H. Bacht, *La loi du «retour aux sources»*. *De quelques aspects de l'idéal monastique pachômien*: Revue Mabillon 51 (1961) 1-20; H. U. v. Balthasar, *Die grossen Ordensregeln, Einsiedeln* 1961; J. Leclercq, *Études de vocabulaire monastique du moyen âge*, Roma 1961; L. Kaufmann, *Kirchenreform und Ordensreform*: Orientierung 29 (1965) 87-92, 110-114; J. Leclercq, *Monastisches Leben und moderne Welt*: GuL 38 (1965) 214-223; A. Grillmeier, *Erwägungen zum Dekret über die zeitgemässe Erneuerung des Ordenslebens*: GuL 39 (1966) 95-107; U. Ranke-Heinemann, *Das frühe Mönchtum. Seine Motive nach den Selbstzeugnissen*, Essen 1966; *Ebullición en la vida religiosa*: Concilium 28 (1968) 338-359 (con bibliografía); F. Wulf, *Dekret über die zeitgemässe Erneuerung des Ordenslebens*: LThK Vat II (1967) 249-307; Th. Bogler (ed.), *Mönchtum - Ärgernis oder Botschaft?*, Maria Laach 1968; J. Sudbrack, *Das Neue wagen- und das Alte gewinnen. Zur Selbstbesinnung der Ordensgemeinschaften*: GuL 41 (1968) 176-193; C. Bamberg, *Ordensleben als kritische Diakonie*: GuL 42 (1962) 17-34; H. Claassens, *Dienst an der Welt. Ordensfrau zwischen Charisma und Institution*, Friburgo 1969; C. Geffré, *El porvenir de la vida religiosa en una época secularizada*: Concilium 49 (1969) 404-416; K. Rahner, *Sobre los consejos evangélicos*: Escritos de Teología VII (Madrid 1969) 435-468; P. R. Regamey, *La vie religieuse dans la mutation du monde et de l'Église*: Suppl. de la Vie Spirituelle 88 (1969) 122-143; R. Hostie, *Vie et mort des ordres religieux. Approches psychosociologiques*, París 1972; B. Häring, *Los religiosos del futuro*, Barcelona 1973; *El futuro de la vida religiosa*: Concilium 97 (1974); O. Engels, *Religiosos*: SM V (1974) 1028-1068; F. Wulf, *Fenomenología de la vida religiosa*: *Mysterium Salutis* IV/2 (Ed. Cristiandad, Madrid 1975) 438-471.

U. RANKE-HEINEMANN